

EL VALOR DE INNOVAR DE JAVIER ECHEVERRÍA

JOSÉ A. MARÍN-CASANOVA

jamarin@us.es
Universidad de Sevilla

ECHEVERRÍA, J.: *El arte de innovar. Naturalezas, lenguajes, sociedades*, Madrid, Plaza y Valdés, 2017. 190 págs.

En un principio, filosofía e innovación se repelen mutuamente, tanto es así que hablar de filosofía de la innovación comporta en términos históricos originales un genuino oxímoron. Algo así como la filosofía cristiana que, según Heidegger, es tan absurda como un círculo cuadrado. Sin embargo, hoy día la innovación es poco menos que un prerequisite de la filosofía; al menos, de la filosofía académica (como de cualquier actividad ejecutada bajo el imperio de la triple alianza entre Tecnociencia, Mercado y Universidad). La innovación ha pasado de condición de casi imposibilidad a casi condición de posibilidad de la filosofía. Para entender el tránsito conviene percatarse del doble sentido del genitivo en el sintagma “filosofía de la innovación”. Primero, en el sentido objetivo: la constitución de la innovación en objeto filosófico, toda vez que la actual mentalidad innovadora choca con la mentalidad filosófica clásica, siendo —como, en cambio, es— tributaria de la mentalidad bíblica con la que se identifica la mentalidad moderna en tanto que réplica secularizada del imaginario religioso. De hecho, el programa de la Modernidad, con las armas culminantes de la Teodicea, canoniza el imaginario innovador.

Desde el punto de vista clásico, no hay lugar natural para la novedad. Y es que si hay un prejuicio constituyente del pensamiento filosófico, una premisa fundacional, y resistente al paso del tiempo, es que nada surge de la nada¹ y que, por tanto, lo nuevo naturalmente es imposible. En el plano ontológico lo nuevo es un hecho sin derecho, un dato sin valor real. Una filosofía de la innovación sería algo literalmente inconcebible. La perspectiva filosófica clásica auspicia una naturaleza autónoma, absoluta e incondicionada. Ella tiene en sí su norma necesaria, todo es relativo a ella, nada la condiciona, ella condiciona todo. En su absolutez la naturaleza griega es el límite necesario, el horizonte intraspasable de toda acción humana. Sea del jaez que sea la acción, sea, pues, teórica, práctica o técnica la acción rebota necesariamente en el muro vertical de la naturaleza.

¹ Cfr. NORTH, Michael: *Novelty. A history of the new*, Chicago, University of Chicago Press, 2015.

Dado su recurrente orden necesario, puesto que todo es según naturaleza, no hay propiamente innovación. No se puede cambiar lo que es natural. La naturaleza que es causa omnímoda no puede alterarse, no puede ser dominada, sino a lo sumo contemplada. De ahí que la acción más noble, la primera, sea la teoría. Nace de aquí la concepción griega de la verdad como desvelamiento (*a-létheia*) de la naturaleza (*phýsis*), de cuya contemplación (*theoría*) nacen los conocimientos que regulan el comportarse y el hacer humanos.

La *theoría* prima sobre la acción práctica y la técnica. Esa primacía deriva del sesgo cosmológico de la conciencia helena, es decir, de la conciencia de que no se da acción correcta ya ética ya poética, sino conociendo las leyes inmutables que presiden la regularidad de los movimientos de la naturaleza, los cuales no puede modificar la acción humana, no tanto por la modestia, insuficiencia o precariedad de las disponibilidades técnicas, cuanto porque la naturaleza es pensada como inmutable y por eso mismo como indomeñable. La naturaleza es el paradigma de toda acción: son la ética y la técnica quienes tienen que mirarse en el orden paradigmático o regla natural para reparar respectivamente en las reglas del comportamiento “recto”, del hacer “recto”.

En la cosmología clásica la técnica se inscribe en el registro de la verdad pensada no como dominio de la naturaleza, sino como su contemplación. La naturaleza con su sello de necesidad no consiente a la técnica el traspasar su límite vertical ni, en consecuencia, al tiempo el configurarse como *historia* del progresivo dominio de los procesos naturales. Esto es algo que le estaba históricamente reservado a un genio distinto, y mucho, del filosófico, el genio religioso.

Ciertamente, el espíritu religioso ve la naturaleza como *efecto* de una voluntad, la de su *Creador*, identificado así como autor de la mayor innovación posible, la Creación. Semejante *hecho* superlativo fuerza a reemplazar el sentido cosmológico de lo que hay por el sentido antropoteológico, desplazando la conciencia natural por la conciencia histórica, el saber teórico por el saber operativo, la tragedia por el drama, la nostalgia por la esperanza. La fe religiosa abre el horizonte *pragmático* de la salvación, sin el cual la ciencia moderna, sí, no sería moderna: las raíces motivacionales de la ciencia moderna son antes bíblicas que griegas.

En la Modernidad, se invierte, de hecho, la perspectiva clásica: la actividad intelectual, que los griegos llamaban *theoría* y los latinos *contemplatio*, ya no fue pensada como el fin último al que subordinar el hacer político, sino como *instrumento operativo*². El programa baconiano, *scientia est potentia*, establece que

² La contraposición entre la mentalidad filosófica y la religiosa se encuentra exhaustivamente expuesta en GALIMBERTI, Umberto: *Psiche e techne. L'uomo nell'età della tecnica*, Milano, Feltrinelli, 2000, pp. 277-282 y 293-301, y también en NATOLI, Salvatore: *L'esperienza del dolore*.

el destino del saber es su funcionalidad al poder: poder de hacer y de modificar la naturaleza en vista de la *proyectualidad* humana. Para los antiguos el conocimiento de la naturaleza se paraba delante de su inmodificabilidad, para los modernos la naturaleza forma parte de la misma proyectualidad humana: el proyecto se convierte en medida de un hacer que ya no asume la inmodificabilidad de la naturaleza como límite.

El pie de esta actitud innovadora no es griego, sino judeo-cristiano. Según la tradición religiosa, Dios ha colocado al humano en el mundo con el fin de que fuese su dueño y que dominando el mundo hiciese obra de verdad. Pero esta verdad ya no es la verdad en la acepción griega de *alétheia*, que significa “desvelamiento” de las leyes inmutables de la naturaleza a la que se remite la *theoría*. Esta otra verdad es la verdad en la acepción hebrea de *émet*, que significa hacer lo que Dios ha prescrito al hombre. Se trata entonces de una verdad que no se contrapone al “error” o la “falsedad”, sino a la “infidelidad” al mandato divino o a la ignavia. Luego, a diferencia de la verdad clásica, la verdad religiosa no es algo que se *conoce*, sino algo que se *practica*. Abandonada la verdad griega que se *contempla*, la modernidad adopta la verdad hebrea que se *hace* en el tiempo, con la consiguiente primacía indiscutible del hacer sobre el contemplar, de la *innovación* sobre la repetición. Cuando Bacon subordina el saber al poder y Marx la contemplación del mundo a su transformación, aun cuando bajo registros distintos, ambos están confirmando el “hacer verdad” religioso, que se despidió definitivamente e innovadoramente de la naturaleza contemplativa clásica.

Gozne de la tradición judeo-cristiana es la voluntad de Dios, que quiere el señorío del hombre sobre el mundo. “Hacer verdad”, es decir, ser fieles a la orden de Dios significa entonces *derecho al dominio*. La técnica, que ofrece las condiciones para el ejercicio de este derecho innovador, se inscribe, así pues, en el horizonte teológico, donde Dios es el fundamento que justifica la bondad del operar técnico y su consiguiente obligatoriedad.

Se ponía de este modo en marcha el programa de la Modernidad, pudiendo entender por ésta la era del carácter autoimpositivo de lo *novum*, donde el *hecho* de la novedad se hace un *valor*³, ese programa que iba a permitir la conversión del mal del devenir en el devenir del mal. El culmen teórico de tal programa

Le forme del patire nella cultura occidentale (1986), Milano, Feltrinelli, 2016, pp. 48-103. Al respecto, están llenas de delicadeza contrastiva las breves pinceladas de ORTEGA Y GASSET, José: “Apuntes sobre el pensamiento: su teurgia y su demiurgia” (1941), en Id.: *Historia como sistema y otros ensayos de Filosofía* (pp. 63-93), Madrid, Alianza, pp. 87-89.

³ CHIURAZZI, Gaetano: *Il postmoderno. Il pensiero nella società della comunicazione*, Torino, Paravia, 1999, p. 13: “Como ley necesaria de la historia, el progreso implica la identidad axiológica entre *mélius* y *novus*, esto es, la idea de que lo que es moderno, actual, es de por sí mejor que lo que ha pasado”.

novador quizá se encuentre en la *Teodicea* de Leibniz, en cuya frase “la sagesse doit varier” (§124) se encuentra el lema vertebral de la filosofía de la innovación. Y es que la Providencia moderna no ama la pesadez del pasado sino la alacridad del futuro. Lo importante no es el provenir, sino el porvenir. Mientras el clásico quería repetir un mismo paradigma teniendo presente el pasado como modelo, el moderno quiere *innovar* teniendo presente el futuro como modelo. Se trata de variar a ultranza, de modelar el tiempo en una “época en la que el hecho de ser moderno se ha convertido en un valor determinante”⁴: “si la historia está dotada de este sentido progresivo es evidente que tendrá más valor lo más ‘avanzado’ en el camino hacia la conclusión, aquello que esté más cerca del término del proceso”⁵. El valor de innovar presume la positivización ontológica de la mutabilidad, de la fugacidad, de la temporalidad y la “hipertribunalización” de la realidad (la cuádruple premisa de la *Teodicea*) en un momento en que el mundo se acelera y se intenta dominar la aceleración mediante el “conformismo con la aceleración”⁶. Es seguramente al rebufo de la estirpe leibniziana de su pensamiento cómo hay que entender la cuadratura del círculo que lleva a cabo Echeverría en este libro conectando y cohonestando innovación y filosofía. Y es que cuando la innovación es objeto de la filosofía se termina produciendo el efecto de la imposición de la lectura subjetiva del genitivo: la misma filosofía se torna innovadora. Hacer filosofía de la innovación (genitivo objetivo) comporta hacer innovación de la filosofía (genitivo subjetivo). Echeverría eleva esto al cuadrado.

No es una hipóbole, el autor es un pensador que se ha destacado en los últimos años precisamente por hacer de la innovación objeto de la Filosofía, con publicaciones académicamente importantes. Los *procesos* innovadores (quizá sea la categoría de “proceso” la base onto-epistemológica de la innovación, con lo que los procesos tendrían prioridad *real* sobre las cosas y los productos, los objetos y los sujetos) han sido estudiados por economistas, sociólogos, politólogos, antropólogos, pedagogos e historiadores y practicados por científicos y tecnólogos, así como empresarios y artistas. Es hora, viene a decirnos nuestro pensador, de que el *Ars Innovandi* lo interpreten también los filósofos. Al menos, eso es lo que él viene a hacer en sus obras recientes y conspicuamente en este ensayo. En él Echeverría tiene y asume el *valor de innovar*.

La primera tarea que se plantea el autor en este libro es repensar a fondo el concepto de innovación, se trata de ir hacia una filosofía de la innovación, a la vez rigurosa y despiadada, partiendo felizmente, como ya ha hecho alguna otra vez, de una idea orteguiana, la que identifica innovación y vitalidad. La

⁴ VATTIMO, Gianni: *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós/I.C.E.-U.A.B., 1989, p. 73.

⁵ *Ibidem*, p. 75.

⁶ MARQUARD, Odo: *Apologie des Zufälligen*, Stuttgart, Reclam, 1986, p. 60.

innovación no es mera novedad sino que comporta cambio y valor. De hecho, el primer objetivo de Echeverría, con esa esmerada parsimonia como de bruñidor que luce para desesperación de impacientes y deslumbre, sin embargo, de los que valoran el esfuerzo del concepto, es el de lustrar la noción de innovación, más allá de su ideologismo actual. Tras calibrar, como buen filósofo de la ciencia, las distintas y principales definiciones aquilatando sus teorizaciones subyacentes (la conceptualización económica de Schumpeter, la sociológica de Rogers y la politológica de Lundvall), consciente de que no existe una filosofía ni tampoco una historia de la innovación, el autor elucida una definición más general y fecunda que la del mismísimo Manual de Oslo: las innovaciones quedan caracterizadas como “procesos interactivos que generan algo nuevo, transformador y valioso en entornos y sistemas determinados” (p. 82).

Con ello, en segundo lugar, el texto no se conforma, así pues, con aclarar de la forma más exhaustiva la noción de innovación, sino que, dada la propia exigencia innovadora de esa misma definición, amplía por un golpe de audacia feérica la innovación extendiéndola a la naturaleza, o por mejor decir, a las naturalezas. Si ya Ortega identificó innovación con vida, se trata ahora de dilatar la vida más allá de la biografía, para poder incluir en ella la biología y — ampliando la osadía inclusiva— la misma cosmología. Y ello, además, en un ya inevitable plural. En este ensanche conceptual se cumple, entonces, el casi destino antes insinuado de que una filosofía con la innovación por objeto se hace, a su vez, sujeto de innovación. En efecto, la apuesta más arriesgada de la filosofía de la innovación de Echeverría, y donde reside su innovación inicial, estriba en generalizar y extender la idea orteguiana asumida, con el fin de superar el etnocentrismo típico de las sociedades humanas. La innovación del más laureado (¡y leído!) de los filósofos de su área de conocimiento traslada la innovación de la (tecno)cultura a la naturaleza, de la (tele)polis a la *phýsis*. Esta innovación del marco de planteamiento de la innovación trastoca el ámbito antropocéntrico donde sus teóricos y practicantes la habían emplazado habitualmente, el de las empresas tecnológicas destinadas a la producción de bienes mercantiles. Aunque no recuerdo que el ensayista utilice al respecto su vocabulario más característico, podríamos decir que con él la innovación llega al entorno clásicamente menos innovador, al *primer entorno*, lo cual labora violentamente contra toda la tradición metafísica. Hay innovaciones animales y vegetales. Y minerales. Con Echeverría la innovación se naturaliza y la naturaleza se innova: ahora ¡innovar es natural!

Así, para la *filosofía naturalizada de innovación*, que no se propone, en definitiva, otra cosa que propugnar que los procesos de innovación no sólo no se reducen a procesos tecnológicos ni sociales —por muy valioso que haya

resultado el aún reciente auge de la noción de innovación social, antes eclipsada por la tecnológica, no basta una filosofía social de la innovación— sino que incluso son anteriores a los mismos seres humanos, remontándose a la aparición de nuevas entidades cosmológicas, geológicas y biológicas, innovaciones sin sujeto, sin agente humano alguno que las impulse, ciegas y contingentes, no intencionales: “el gran ejemplo de innovación natural es la emergencia y difusión de la vida, así como, posteriormente, la aparición y reproducción de las diversas modalidades de vida” (p. 52).

Hasta hablando de la vida y de la naturaleza, de la vida como paradigma de innovación natural, aparece el *sesgo de número* del *innovacionismo* de Echeverría. Y es que este nuevo modo de ver y analizar la realidad, además de proponer socializar y naturalizar el concepto de innovación, declara asumir la pluralidad no sólo de sociedades sino asimismo de mundos (microcosmos, mesocosmos, macrocosmos). “La filosofía de la innovación ha de ser válida para diversas naturalezas, no para una sola” (p. 80). La metodología y la epistemología de esta filosofía de la innovación, por ello también innovadora, es decididamente pluralista. “El arte de innovar es plural” (p. 13). Y no puede no serlo cuando resulta que las innovaciones, de suyo tipológicamente muy variadas, son procesos situados, tanto en el espacio como en el tiempo, sometidos a escala, y multifactoriales, en los que pueden estar presentes muy diversos agentes. La vocación *pluralista* del libro, ya presente en su propio subtítulo, no se conforma con enfatizar la existencia de diversos cosmos naturales, sino que constata la diversidad *dentro* de un mismo cosmos natural. Esto es particularmente innovador en lo que respecta a los valores.

La filosofía naturalizada de la innovación, con un enfoque axiológico también naturalizado, subraya (muy innovadoramente, por cierto) la existencia de valoraciones distintas y contrapuestas dentro de cualquier mundo natural. Sin oposición no hay innovación. Echeverría considera que hasta la misma noción de “destrucción creadora” de Schumpeter hunde precisamente sus raíces en el pluralismo axiológico. La innovadora filosofía de la innovación asume la innovación como un valor y como un proceso transformador (tanto generador como, frente a los que hacen de la innovación un ídolo del foro, destructor) de valor. La filosofía naturalizada de la innovación ha de poner el acento en el análisis axiológico de los procesos de innovación desde una perspectiva sistémica, evolucionista, y consecuencialista, que permita analizar críticamente la dimensión creativa de la innovación, pero también la destructiva. Toda vez que en tanto en cuanto valor, la innovación está más allá de la verdad y la falsedad, al igual que del bien y del mal.

Baste esto como muestra de lo mucho que queda por hacer en filosofía de la innovación. Las diversas modalidades de innovación se basan en valores. Aunque antes sean vistas como novedades, luego las innovaciones han de ser valoradas. “Este es el momento filosóficamente importante, puesto que permite considerarlas como beneficiosas o perjudiciales para cada agente concernido” (p. 168). Y el hándicap insuperable (felizmente, añadiríamos) es que la pluralidad de agentes y la pluralidad de sistemas de valores, a veces heterogéneos, impide que haya una norma universal para valorar las innovaciones.

En definitiva, este texto está proponiendo unos *estudios generales de innovación* que, al decir del autor, no aportan pero sugieren la posibilidad futura de unas *ciencias de la innovación*. La innovadora filosofía de la innovación de Echeverría viene así a poner las condiciones críticas y hermenéuticas para una *innología* venidera. Y ella llegará cuanto antes nos ocupemos de las innovaciones lingüísticas y conceptuales, a las que tan poca atención se ha prestado tradicionalmente. Y es que el autor está persuadido de que, tras la revolución digital, de base tecno-científica, la filosofía no puede quedarse en el viejo logos que decía el ser, sino que ha de tomarse en serio el ahora vigente *techno-lógos*, esa nueva modalidad de escritura que permite representar cualquier clase de proceso empírico mediante procesos digitales, una gran innovación procesal, hoy canónica, que subtiende a todas las TIC, para así ser innovadora, para lograr hacer una *innología de la filosofía*. Aunque casi todos los grandes filósofos pueden ser interpretados desde la perspectiva de la innovación, de la innovación de producto, pues muchos pensadores produjeron nuevos sistemas conceptuales, sólo algunos aportaron innovaciones de proceso, tan disruptivas que transformaron los modos de hacer filosofía, lo que significa que además de concebir de modo nuevo el ser, han aportado nuevos valores. Tuvieron el *valor* de innovar. El mismo que a Echeverría le sobra.

PARENTE, D.: *Artefactos, cuerpo y ambiente: exploraciones sobre filosofía de la técnica*, Mar del Plata, La Bola Editora, 2016. 159 pp.

En consonancia con el contexto actual de primacía de la tecnología tanto en la vida cotidiana como en

el ámbito científico y filosófico, este libro de Diego Parente, publicado en el mes de octubre de 2016, se presenta como una invitación a explorar algunos problemas básicos de filosofía de la técnica a partir de la indagación sobre el estatuto de los artefactos, la corporalidad y su relación con el

ambiente. Esta exploración no resulta lineal ni cerrada, más bien, el autor propone conceptos y planteos que considera clave en el debate contemporáneo sobre estos temas, dejando que ellos dialoguen entre sí y expresen, como un fruto de ese diálogo, las imbricaciones y/o tensiones entre ellos y las implicancias que plantean, a su vez, para las preguntas básicas en disciplinas afines como la biología, la etnografía, la antropología y la ingeniería, entre otras.

La lectura que propone Parente sobre la técnica parte de una constatación que se presentará como una problemática fundamental a abordar: toda remisión a lo artificial supone una referencia, aunque sea implícita, a lo natural, y a la inversa, cualquier propuesta sobre lo natural referirá de algún modo a lo artificial. La perspectiva tradicional sobre estos temas se ha planteado en términos de una oposición fundamental: hay una frontera infranqueable entre lo natural entendido como aquello no intervenido por un agente intencional y lo artificial entendido como el conjunto de producciones humanas que contrastan con la de otros animales no humanos. Aquella premisa permite a Parente poner en práctica la indagación filosófica sobre los supuestos; al plantear la pregunta por la técnica, se reconoce la necesidad de

replantear la pregunta por lo natural y lo artificial y las tensiones (o relaciones fluidas) entre ciertos pares de conceptos clásicos en el debate filosófico como los de naturaleza/cultura y humanidad/animalidad. Así, Parente plantea desde el inicio, y a lo largo de todo el escrito, que la pregunta por la técnica no puede ser planteada sin recurrir a una indagación sobre la diferencia antropológica: “(...) no se puede definir coherentemente “técnica” sin discutir simultáneamente un lugar para lo humano respecto de lo animal y, a la vez, un lugar de lo artificial respecto de lo natural” (p. 23). Paralelamente, la cuestión de la corporalidad emerge como una dimensión más de análisis necesaria, se entiende que la caracterización del cuerpo y sus habilidades —y en última instancia la misma diferencia antropológica— se plantea solo en relación con el singular ambiente artificial que ha intervenido en la historia evolutiva de los seres humanos. En consecuencia, Parente se propone mostrar que la indagación sobre la técnica y sus producciones materiales, los artefactos, requiere de un marco de enunciación amplio que reconozca “(...) la coherencia de la pregunta conjunta acerca de la relación entre artefactos, cuerpo y ambiente” (p. 24).

La estructura del libro presenta dos grandes instancias de análisis que logran conformar el marco de enunciación recién formulado; se parte de la problematización del vínculo simbiótico entre humanos y artefactos a partir de la relación cuerpo/ambiente (Capítulo 1), para pasar luego a la exploración de la tecnicidad humana a partir de la tensión provocada por la oposición naturaleza/cultura y sus implicancias para la antropología filosófica (Capítulo 2). El recorrido teórico es rico en autores y tradiciones de diferentes campos disciplinares, así como sugestivo en cuanto a las vinculaciones con el arte, en repetidas referencias al cine, la pintura y la literatura que permiten constatar la ubicuidad de los temas y debates planteados para la sociedad.

En el primer capítulo Parente reconoce la centralidad del interrogante sobre cómo plantear la relación entre órgano y herramienta, entre cuerpo y artificio. Un enfoque de larga tradición sobre este problema enfatiza la concepción protésica de la técnica, la cual supone una imagen del humano como animal incompleto y deficitario y a los artefactos como suplementos que completan y asisten al humano en sus necesidades. Cualquier discusión sobre este enfoque requiere de una indagación sobre la relación entre lo

orgánico y lo artificial. En efecto, Parente se pregunta si los artefactos son proyecciones orgánicas y explora tres aproximaciones desde las cuales ensaya una revisión crítica sobre la concepción protésica de la técnica y sobre la frontera comúnmente planteada entre órgano y artificio.

El recorrido comienza examinando la postura de la *Organprojection* o proyección orgánica literal de Ernst Kapp, donde se formula la tesis de la imitación formal o funcional entre ciertos artefactos y órganos y se señala sus limitaciones. La segunda aproximación parte de la identificación de un *factum* fenomenológico: las experiencias cotidianas de manipulación de herramientas se caracterizan por un acoplamiento mecánico eficiente. En consecuencia, en la segunda aproximación, se explora el valor filosófico de una perspectiva fenomenológica sobre la técnica (Heidegger y Merleau Ponty) enfatizando la incorporación corporal-perceptual de los artefactos y concluyendo con la concepción del cuerpo humano como espacio inherentemente amplificable. La constatación de esta experiencia fenomenológica plantea, a su vez, cierta singularidad humana: lo que caracteriza a los seres humanos es una vida tecnológicamente mediada que

implica una transformación cualitativa de lo que entendemos por experiencia. En la tercera y última aproximación sobre la relación entre cuerpo y herramienta, se da lugar a una concepción híbrida de humano-máquina mediante el concepto de *cyborg*, desde el cual se efectúa una relocalización de la frontera entre individuo y técnica a partir del análisis de la concepción amplificante de la mente —la tesis de la mente extendida— y la constatación de la coevolución de artefactos y humanos efectuada por las teorías de construcción de nichos, fenómeno explorado fundamentalmente en la filosofía de la biología.

Como es posible observar, el primer capítulo del libro da cuenta de una progresiva tendencia desantropologizante sobre la relación entre el humano y la técnica. Parente concluye señalando que esta tendencia tiene importantes consecuencias tanto para la filosofía de la técnica como para la antropología filosófica. “Para la primera, implica admitir una perspectiva de coevolución de organismos y ambientes artificiales, lo cual puede llegar a reposicionar la misma pregunta por la técnica. Para la segunda implica un debilitamiento del antropocentrismo y, paralelamente, una cierta renuncia a hallar una esencia

ahistórica que dé cuenta de lo que significa ser humano a partir de un rasgo excluyente” (p. 79).

En el segundo capítulo del libro Parente propone una indagación sobre los matices y variantes del concepto de naturaleza —concepto supuesto en el capítulo 1— a partir de la oposición naturaleza/cultura y sus implicancias para la técnica y la concepción de lo humano. El capítulo contiene cinco apartados que tratan el mismo núcleo problemático desde ángulos diferentes pero fuertemente vinculados entre sí. En el primer apartado se realiza una revisión histórica del concepto de naturaleza que da cuenta de la raíz histórica de la separación entre naturaleza y cultura y de su consolidación en la modernidad con un modelo de ciencia y técnica sustentado en el dominio del ser humano sobre lo natural. Esta perspectiva histórica prepara el marco para la discusión actual sobre estos temas: ¿hay una noción universal de cultura y naturaleza? Parente elige tratar este problema a partir de la antropología desde donde resulta la constatación del etnocentrismo implícito en las concepciones de cultura y naturaleza occidentales y, por ende, en el planteo de la misma dicotomía.

El tercer apartado dentro del capítulo 2 está dedicado a la idea de producción o *poiesis*. La extensión dedicada a las discusiones sobre el

estatuto de este concepto es muestra de la relevancia que el autor le otorga para la conformación del marco de enunciación de la pregunta por la técnica. A grandes rasgos, el debate se formula sobre el enfoque hilemórfico de la producción que parece ofrecer una clave para la distinción entre tecnicidad humana y animal, este enfoque enfatiza la primacía del diseño mental e intencional sobre la materia en la prácticas tecnológicas humanas. Parente opta por revisar la crítica a este hilemorfismo desde la lectura de tres autores contemporáneos a los cuales identifica con una postura inmanentista: Leroi-Gourhan, Simondon e Ingold. El planteo que comparten estos tres autores radica en un énfasis en la singularidad de la materia y una desestimación del papel de la agencia humana intencional en el otorgamiento de identidad a los artefactos. Ante la tensión planteada entre el hilemorfismo y el inmanentismo, Parente visualiza una aporía en torno a la noción de producción que impide pensarla bajo un esquema dualista de *control humano centralizado* al mismo tiempo que rechaza la posición inmanentista de negar toda agencia intencional. El fenómeno de la producción termina siendo entendido como una faceta compleja y multidimensional de la técnica que requiere de otras aproximaciones.

El planteo en el cuarto apartado está en consonancia con esta necesidad recién proyectada, en efecto, se indaga sobre la posibilidad de sostener una singularidad humana a partir de la variable de la tecnicidad. A tal respecto, Parente sostiene que es posible afirmar la singularidad de la técnica humana sin caer en una posición antropocéntrica o humanista. El autor efectúa una revisión sobre el concepto de cultura en términos naturalistas y considera que si bien se puede aplicar la noción de cultura a técnicas de animales no humanos, hay una singularidad en la técnica humana que reside en la capacidad de generar culturas acumulativas, las cuales constituyen para el humano un nicho ontogenético evolutivamente único. Finalmente, esta posición genera las condiciones para que en el apartado quinto del capítulo 2 se discuta sobre el rol de la estructura biológica en la emergencia de habilidades corporizadas. Se puede observar en el recorrido del problema un progresivo debilitando de la posibilidad de distinguir entre una habilidad puramente natural y una aprendida o cultural, que tiene como corolario “una concepción más amplia del sustrato biológico humano que incluya dentro de sus condiciones a la capacidad para generar cultura material y para desarrollar sus habilidades en ese singular medio” (p. 149).

El capítulo 2, en concordancia con el capítulo 1, da cuenta de una tendencia des-antropologizante en la reflexión sobre la técnica y de la plausibilidad del planteo de una ontología relacional en el vínculo entre cuerpo y ambiente, lo cual supone una progresiva disolución de la oposición originaria y fundamental entre naturaleza y cultura y, por lo tanto, entre humanos y animales.

En suma, el libro propone una serie relacionada de problemas, discusiones y aporías sobre los artefactos, la corporalidad y el ambiente que constituyen el marco necesario para pensar el estatuto de la técnica y los problemas vinculados a la diferencia antropológica planteada en estos términos. En este sentido, el aporte de Parente es valioso dado, por un lado, el crecimiento y afianzamiento de la filosofía de la técnica como disciplina y, por otro lado, la creciente tecnificación de las vidas humanas en las sociedades contemporáneas que reclama un marco de reflexión amplio, complejo y abierto como el propuesto en este libro.

ALDANA D'ANDREA

Universidad Nacional de Río Cuarto

GONZÁLEZ, W. J. (ed.): *New Perspectives on Technology, Values, and Ethics*, Dordrecht, Springer, 2015. 219 pp.

El análisis tanto de los aspectos teóricos de la tecnología como de sus múltiples prácticas se ha visto obligado a aumentar su sofisticación debido a la abrumadora proliferación de los más diversos artefactos. El objetivo compartido por los colaboradores de este volumen es el de suministrar un andamiaje teórico, así como un estudio de casos prácticos, con el que comprender el amplio rango de cuestiones filosóficamente sensibles que suscita la tecnología. El presente texto refleja las contribuciones a las XVII Jornadas de Filosofía y Metodología actual de la Ciencia (*Jornadas sobre Tecnología, Valores y Ética*), organizadas por el Profesor Wenceslao J. González en el campus de Ferrol (Universidad de la Coruña) los días 15 y 16 de marzo de 2012.

Abre el volumen Wenceslao J. González (Capítulo 1), quien propone un análisis desde un prisma filosófico que busca responder a los nuevos retos que plantea la cuestión de los valores en torno a la tecnología contemporánea. Para ello, esboza un marco teórico donde primero distingue la dimensión estructural, que contiene una serie de componentes que singularizan la tecnolo-

gía (un lenguaje, un sistema, un conocimiento y un método propios) y, en segundo lugar, plantea un enfoque desde una perspectiva dinámica, que contempla su historicidad. Ambos aspectos involucran dos tipos de valores: internos o endógenos respecto de los diseños, procesos y resultados de la tecnología; y externos o exógenos, que dependen del marco social en que se desarrolla esta actividad. Valores que no están desvinculados unos de otros, sino que se conciben en un marco holista (donde valores externos pueden convertirse en internos). Una vez establecido este marco, González expone una perspectiva axiológica en tres niveles: general, en que se sitúan valores que pueden aparecer en cualquier forma de tecnología; específico, el de las diferentes ramas ingenieriles (industrial, aeronáutica, etc.) y, por último, el vinculado a los agentes (principalmente, ingenieros). En consonancia, propone un marco teórico para una ética de la tecnología, enfatizando el carácter universal de los valores éticos frente a la particularidad de los valores morales, que dependen de normas sociales.

Ibo van de Poel despliega un panorama general de valores en ingeniería (Capítulo 2). Propone una clasificación de valores que distingue entre valores «intrínsecos» y «extrínsecos», por un lado, y

entre valores «finales» e «instrumentales», por otro. A partir de ello, critica la tesis de que la tecnología es neutral respecto a los valores: los artefactos tecnológicos no pueden estar cargados solo de valor instrumental, sino también de valor final. En este punto, van de Poel sostiene que la profesión de ingeniero está cargada de valores, pues identifica valores internos y externos, donde estos últimos muestran claramente la interacción de la ingeniería con el marco social en que se desarrolla, y donde los valores internos (entusiasmo, eficacia, eficiencia), considerados habitualmente como neutrales, también son dependientes moralmente de los fines que se plantean (seguridad, salud). Estos últimos, junto con la sostenibilidad, la justicia y la democracia, son valores externos destacados que, a su vez, podría decirse que son instrumentales para alcanzar el bienestar humano. En este punto, no obstante, van de Poel deja claro que no son meros medios, sino que son constitutivos del valor más elevado que se pretende obtener, y aboga por su articulación en códigos ingenieriles.

Debido al especial interés que reciben las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), en el capítulo 3 Paula Neira enfoca la evaluación de los propósitos, procesos y resultados de aquellas. Procede a ello mediante un examen de

ciertos valores internos que desempeñan un papel importante, con una presencia de datos e informes que apoyan su análisis y con frecuentes alusiones al caso de Internet. Es el caso de (i) la accesibilidad, donde Neira subraya la facilidad (física y cognitiva) de entrada en la Web por parte de los usuarios. A mayor simplicidad, mayor número de usuarios, una observación que cobra relevancia en un contexto económico. Un segundo valor es (ii) la versatilidad, que tiene una repercusión en la dimensión física, epistemológica y virtual en contextos *online*. (iii) La eficacia depende de los propósitos a partir de los que se desarrolla una TIC; es decir, algo es eficaz en la medida en que se consigue lo previsto. Aquí Internet ha desbordado cualquier expectativa. Y, en último lugar, (iv) hay un vínculo estrecho entre eficacia y criterios económicos.

Carl Mitcham (Capítulo 4) atiende con cautela las entradas enciclopédicas acerca de la racionalidad, que la caracterizan como «instrumental» sin prestar atención a la versión «substantiva», que concibe la racionalidad como un fin en sí mismo. También se fija en la asunción popular de que racionalidad y la ética reflejan tensiones en la práctica, cosa que no ocurre con el par racionalidad/tecnología. No obstante, Mitcham evita estas simplificaciones y apela a la ligazón

profunda entre racionalidad y bondad. Seguidamente, se pregunta qué papel desempeña la ética en la ingeniería a través de un repaso histórico de la noción de «uso y conveniencia». La selección de este caso muestra cómo se ha fraguado la obediencia del ingeniero a la autoridad y a su compañía, pasando por el ideal tecnocrático, hasta la asunción de responsabilidades sociales. Más adelante (§4.3.2 y §4.3.3), Mitcham señala un fenómeno de doble vertiente: por un lado, desde ámbitos ingenieriles profesionalizados se ha impulsado la inclusión de informes técnicos para influir en la adopción de ciertas regulaciones y, por otro, se exploran vías para cultivar actitudes moralmente virtuosas en ingeniería y en la sociedad a partir de la evaluación basada en una «pericia ética», una noción que pasa cuasi desapercibida, pero que es sumamente interesante [*ethical expertise*]. Asimismo, se pregunta por el bien que debería adoptarse como el fin al que deben ajustarse las regulaciones y se enfrenta con algunas tensiones resultantes de la oposición entre decisiones técnicas y democráticas; en especial, con la cuestión del consentimiento informado. Para terminar, la racionalidad tecnológica no clausura las disputas políticas y éticas acerca de la clase de mundo en el que queremos vivir, pero sin duda ocupa y

debe ocupar un lugar privilegiado en cuanto a las políticas públicas.

El conocimiento que generan los contextos *online*, *qua* contexto práctico, posee unas peculiaridades que, según Juan Bautista Bengoetxea (Capítulo 5), sugieren un nuevo enfoque epistemológico y ético. Antes, y desde un trasfondo que combina elementos de Kant, Hegel, y Thomas Nagel, traza un marco específico para abordar las prácticas *online*. Provisto de esta base teórica, señala que los contextos *online* no permiten dar cuenta del rol del conocimiento y su justificación en términos de las tradicionales nociones de «evidencia» (*prueba empírica*) y «acceso perceptivo a los datos». Se trata de contextos sociales donde los agentes no se desenvuelven aisladamente, sino en interdependencia con los demás usuarios y cuyo comportamiento está sometido a evaluación —identificando, por tanto, un componente normativo—. En este punto, la tesis filosófica subyacente es el enraizamiento común que se da entre el aspecto epistémico y el aspecto ético de las prácticas *online*. La información y el conocimiento cuentan con normas y valores que refuerzan epistémicamente su obtención por parte de los usuarios. Para asentar esta base ética, se sirve de una taxonomía de valores proveniente del marco específico aludido y, en particular, resulta interesante la

cuestión de la interiorización de la responsabilidad frente a la frecuente exteriorización debida al anonimato que proporciona Internet. Por último, estas reflexiones pueden plasmarse en códigos éticos que velan por el buen hacer de los usuarios.

Amparo Gómez (Capítulo 6) ofrece un cuadro clásico de la racionalidad tecnológica que busca la eficacia y la eficiencia, instrumental y neutral respecto de sus fines, y que somete a revisión crítica. De entrada, hay que incluir sus consecuencias, con especial atención a los riesgos que puedan generarse. Junto al riesgo sitúa la incertidumbre, ambos ligados a tres factores: el horizonte temporal, los efectos colaterales y los efectos irreversibles. Para dar cuenta de ello, Gómez apunta a la estimación del riesgo, que permite evaluar las consecuencias por medio de métodos estadísticos y tomar decisiones en función de los resultados. Resultados que, sin embargo, no están exentos de controversia (caso del formaldehído). Por lo general, se produce un alejamiento entre el tratamiento científico del riesgo y su percepción social, que se incrementa si se detectan errores o falta de claridad en los informes expertos. El contacto de esta dimensión social con la racionalidad tecnológica conlleva la pregunta acerca de quién decide qué es un riesgo y qué hacer al respecto, lo cual supone

adentrarse en la esfera política, donde es crucial fortalecer los mecanismos democráticos. En cuanto al problema de la incertidumbre, se repasan propuestas que apelan a criterios basados en la prudencia. Finalmente, Gómez señala que la racionalidad tecnológica no puede limitarse a ser instrumental, sino que debe incluir la evaluación de sus fines.

En el capítulo 7, Vicente Bellver Capella recoge cuatro casos (genoma humano, bebés probeta, células madre y clonación humana) que ponen de manifiesto tres características presentes en la relación entre biotecnología y sociedad: (a) se ha consolidado la interacción entre centros tecnológico-científicos, empresa privada, administración pública y opinión pública, en la que la cuestión de la financiación de los proyectos de investigación es especialmente sensible; (b) en los cuatro casos de investigación en biotecnología mencionados, se exageraron de manera flagrante los resultados; y (c) la globalización minimiza la rigidez de las leyes en cuanto a biotecnología se refiere. El autor también trata la polémica cuestión de la manipulación genética y discute varios argumentos que esgrimen los defensores del «mejoramiento humano» [*human enhancement*]. Bellver Capella reconoce los aspectos positivos de, por un lado, las técnicas de reproducción asisti-

da, pero, por otro, remarca los peligros de la alteración genética de nuestra progenie, oponiéndose a las proclamas maximalistas sin ningún atisbo de recelo acerca del progreso incluso moral del ser humano.

Hannot Rodríguez (Capítulo 8) toma como punto de partida de su análisis la resistencia social ante los peligros que pueden comportar las innovaciones tecnológicas y en qué medida las instituciones las incorporan en las regulaciones. En esta línea, resultan clave los análisis de riesgos, que persiguen anticipar las consecuencias del desarrollo de la ciencia y la tecnología y legitimar socialmente las legislaciones correspondientes. No obstante, se producen dinámicas de confianza y desconfianza en las instituciones, acerca de las cuales Rodríguez presenta tres modelos que responden a tres tipos de desafíos. (i) El modelo de competencia combate el desafío epistemológico; es decir, la desconfianza sobre la base de la pericia de los informes y el control del riesgo. (ii) Según el modelo cultural, la innovación tecnológica no se valora tanto por su riesgo, sino al considerar su adecuación respecto de ciertos valores de índole cultural (p. ej., ecológicos). (iii) Por último, el modelo relacional responde al desafío reflexivo al apoyar medidas de control en función de un reconocimiento explícito de las limitaciones de la ciencia y la tec-

nología. Además, este esquema de análisis lo aplica al caso de la legislación sobre la nanotecnología en Europa.

Brian Balmer (Capítulo 9) combina un enfoque histórico-descriptivo con un análisis de cuestiones conceptuales. Primero, provee de base histórica la legislación internacional dedicada al control de las armas químicas y biológicas para tratar algunos debates importantes como (i) el dilema del «uso dual» de la tecnología (*benigno* (investigación en medicina o en la industria química, entre otros) o *agresivo* (fines militares)), para lo cual examina el uso de ciertos pesticidas reconvertidos en armas químicas; (ii) el problema de la superposición de objetivos defensivos u ofensivos; y (iii) el problema de la verificación, que refleja las dificultades a la hora de determinar la finalidad de una actividad. En las conclusiones, precedidas por una reflexión crítica sobre el tabú cultural presuntamente fijo en la actitud hacia las armas químicas y biológicas, así como sobre la noción de «conocimiento tácito» en los laboratorios y la cuestión de género en estudios sociales de la ciencia, Balmer anima a los filósofos de la ciencia a recoger el testigo para que, de la mano de estudios históricos y sociológicos, discutan, entre otros, los problemas conceptuales mencionados que emergen de su

propuesta con la intención explícita de acercar estas disciplinas entre sí.

En el capítulo 10, Helena Mateus Jerónimo sitúa en primer plano la cuestión de los residuos, un producto inevitable derivado de la industrialización. Desde un enfoque crítico con el capitalismo, presenta la noción de «residuos normales» [*normal waste*], que implica el hecho de que la dinámica de producción y consumo genera como contrapartida los residuos. El capítulo contiene un recorrido histórico por los cambios en torno a la percepción social de los residuos, que comenzaron a verse como un problema ante la denuncia de expertos en salud pública y cambios en las mentalidades. Hoy, los desechos se tratan en plantas especializadas como una cuestión técnica. Sin embargo, Jerónimo advierte de que la toma de decisiones respecto a la cuestión de los residuos no debe confiarse únicamente a una élite de expertos, a modo de asunto meramente *tecnológico*, sino que debe integrar aspectos «externos», de índole social, económica, cultural, ética y medioambiental. En esta línea, señala la aparición de los movimientos ecologistas que denuncian sus peligros y la puesta en valor desde el arte. Los residuos son ambivalentes en el sentido de que, al mismo tiempo que los *desechamos*, forman parte indiscutible de nuestra forma de vida. No se puede

eludir el reto que plantean, que se debate entre mantener el funcionamiento de consumo y residuos con un cierto compromiso con el equilibrio ecológico, y un cuestionamiento más profundo, proclive al uso de tecnologías alternativas.

Cierra el volumen un epílogo a cargo de Amanda Guillan, cuyo propósito es resumir las tesis y argumentos principales y conferir coherencia a los bloques en los que se divide el libro, cometido que ciertamente logra de forma clara y sucinta. De hecho, lejos de ser un rosario de aportaciones aisladas, consideramos que este volumen consigue mantener un hilo conductor gracias a la adecuada organización de los contenidos y a la acreditada experiencia y conocimiento de los colaboradores. La dinámica investigadora rema hacia la especialización, si bien conviene prestar atención a las visiones de conjunto para ordenar la dispersión de las publicaciones diseminadas en revistas. Y si bien es cierto que media cierta distancia entre determinados enfoques y estilos, suman perspectivas que configuran un panorama general representativo de las cuestiones y debates más en boga en torno a la tecnología. Por otra parte, cabe destacar que la claridad expositiva y argumentativa invita a los estudiantes a introducirse en estos temas ya que, además, cuenta con un índice onomástico y un índice

por temas que facilitan en gran medida una búsqueda concreta y es un libro que suscita la discusión a un nivel avanzado, propio de muchas de las firmas participantes desde 1996 en las Jornadas de Filosofía y Metodología actual de la Ciencia de Ferrol, entre ellas Larry Laudan, Philip Kitcher, Bas C. van Fraassen o Jeffrey Barrett.

MIQUEL COMPANYY
Universitat de les Illes Balears